

DE ACTUALIDAD

El pobre padre



Era un padre que entró en el estanco a franquear una carta que dirigía a un su hijo, que le tiene en Africa sirviendo al reino, y no a la nación ni a la patria. El hijo es de cuota; soldado de esos que llaman de cuota, para pagar la cual tuvo que empeñarse el pobre padre. Porque eso de que los soldados todos de cuota sean hijos de ricos es una leyenda. Y ya muchos padres dicen que está de haber pagado la cuota fué un mal cálculo y un peor negocio.

Dentro el padre en el estanco a franquear una carta para su hijo, que si ve no sabe a qué causa, y era de darle, al poner el sello sobre el sobre a pegarlo allí, las cosas que se le ocurrieron. ¡Qué de maldiciones a la guerra mirando al sello! A la guerra y a algo más. A los causantes de ella y a los obstinados y obcecados que se empeñan en defenderla y no enmendarla.

Salimos del estanco acompañando al pobre padre, e intentamos, por vía vocática, expresarle las razones que aducen los africanistas para sostener que no debe abandonarse la empresa de Marruecos, que hay que desquitarse del desastre de Annual, que hay que llegar a Alhucemas, y más, que hay que obtener el protectorado de Tánger.

Lo requiere la restauración del honor, del prestigio, del honor, diga-se lo que se quiera, de un interés vital para la nación española, dice Maura —le dijimos.

El pobre padre no pudo más. Soltó un taco, blandió convulso el sobre, en el que iba pegado el sello de franqueo, y exclamó:

—¡La nación española! ¿Y a qué llama Maura la nación española? ¿Es que se contó con la nación cuando se firmaron esos pactos internacionales? ¡Internacionales! ¡No, internacionales, no!, sino intergubernamentales o algo peor. Ni hoy se cuenta con la nación, ni se le consulta. La nación no quiere esa guerra, no, no la quiere; equivocadamente o no, no la queremos, no, no la queremos.

Y entonces le dijimos al pobre padre, que con lágrimas y rabia en la voz maldecía a los imperialistas, mirando al sello, que a él le escabía no po-

ca culpa, por no haberse preocupado antes de la terrible marcha de la vida política española, por haber abominado de la política, por haber votado a quien votó para diputado a Cortes, por haber creído que era orden el que no se basa en la justicia.

—Tiene usted razón—nos dijo—. ¿Pero y ahora?

—Ahora—le contestamos—, gritar, gritar que no quiere la guerra.

El pobre padre se nos quedó mirando y dijo:

—¿Y si celebráramos un mitin para pedir que cese la guerra?

—No puede ser—le dijimos—; están suspendidas las garantías constitucionales, y no se autorizaría semejante mitin. Y aún hay más, y es que siguen suspendidas para eso, para que no trascienda la general opinión contra la guerra, para que no estalle el sentimiento popular, que se opone a ella.

—¿De modo—gimió—que no nos dejaban ni protestar?

Le dijimos luego que se dice que hay que infligir un castigo a los cabileños que se nos sublevaron.

—¿Que se nos sublevaron?—exclamó—. A mí no se me han sublevado; a nosotros no se nos han sublevado; no se han sublevado a la nación española, no, no y no. Y si se sublevaron, hay que averiguar contra quién, contra qué y por qué. Pudiera resultar que hubiesen tenido razón. Como la tendríamos nosotros en seguir su ejemplo.

El pobre padre se excitaba.

Echó la carta, y ya sin ella en la mano, añadió:

—Y no se nos vengán con esos embolismos del equilibrio del Mediterráneo, de nuestra misión en Africa, de hacer papel entre las potencias, de cumplir compromisos internacionales..., no; internacionales, no!, sino intergubernamentales o interregimentales, o algo peor; ni con otras fantasmagorías de figurones que juegan al estadismo, no; que no se nos vengán con esas cosas. Allí en Africa no se nos ha perdido nada, y aquí, en nuestra casa, sí. Es decir, allí se nos ha perdido el juicio, que es para mí tan malo como perdersenos el honor.

—Y el honor—le dijimos.  
—Antes, el juicio—replicó.  
Y a seguido mormojaba: «¡Insensatos! ¡Insensatos! ¡Insensatos!»

Luego, más calmado ya, el pobre padre nos preguntó:

—¿Pero, diga usted; esos liberales, esos demócratas, esos izquierdistas, ¿creen de veras que vamos a retener así Marruecos, que podemos retenerlo y que nos servirá de algo?

—Lo dudo—fué nuestra contestación.

—¿Y entonces?—dijo.

—¡Ay, amigo! Es que esa es la opinión gubernamental, es decir, la de aquellos que dicen que aspiran a gobernar; es que creen ser la condición inexcusable para que se los pueda llamar a gobernar; es que es una condición del orden actual, y este orden, aunque basado en la injusticia y en la insensatez y en la frivolidad, no puede cambiarse, porque si no...

—Si no, ¿qué?—nos interrumpió.

—Pues, si no, que no sabríamos adónde iría España—le contestamos.

—¿Pero es que sabemos adónde va yendo a Marruecos?—preguntó.

—¡A mantener el orden actual!

—O a acabar de destruirlo—replicó.

Y nosotros:  
—¡Así sea; amén!

MIGUEL DE UNAMUNO

